

girls who code



Equipo de amigas: ¡Carrera hacia la meta!

edebé

Stacia Deutsch

girls who

Equipo de amigas:
¡Carrera hacia
la meta!

Stacia Deutsch

Adaptada por Christa Roberts

Traducción: M.^a Carmen Díaz-Villarejo

edebé

Girls Who Code. Team BFF: Race to the Finish!

Text and cover illustration copyright © 2017 by Penguin Random House LLC and Girls Who Code Inc.

Emoji provided free by EmojiOne.

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

This edition published by arrangement with Penguin Workshop, an imprint of Penguin Young Readers Group, a division of Penguin Random House LLC.

© Ed. Cast.: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

© Traducción: M.^a Carmen Díaz-Villarejo

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4551-2

Depósito legal: B. 14107-2019

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Hola, soy Reshma, la fundadora de Girls Who Code, una iniciativa que pretende enseñar a chicas de Secundaria y Bachillerato a programar y a crear juegos, apps, páginas web y mucho más para contribuir a cambiar el mundo.

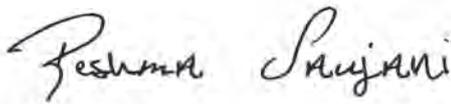
Una de las cosas más chulas en las que trabajamos, además de ser uno de mis temas favoritos, son... ¡los robots! Estos pueden llegar a realizar cualquier tipo de tarea. En nuestra organización, hay chicas que han construido un robot que ayuda a clasificar y a reciclar basura; otro que se usa como asistente personal, da la previsión meteorológica y hace recomendaciones sobre noticias y música; y un tercero que ayuda a los niños que tienen dificultades de aprendizaje. ¡Las posibilidades son infinitas!

En este libro, vas a leer a propósito de Sophia y su grupo de amigas del club de programación. Juntas van a participar en un *hackathon*, un torneo de programación, a lo largo de todo un día en compañía de otros chicos y chicas, y van a aprender a programar un robot. Pero muchas veces, las cosas no salen como uno las había planeado, y descubrirán lo importante que es apoyarse mutuamente.

Además de los robots, este libro también aborda otro tema crucial para mí: la hermandad. Una hermandad es un grupo de personas que se respaldan entre sí y se ayudan en caso de necesidad. Esto es lo más importante que enseñamos en los cursos de Girls Who Code. La hermandad entre chicas, o sororidad, consiste en trabajar juntas para resolver un problema, colaborando unas con otras para abordar nuevos retos y pedir ayuda cuando se necesite.

Si te gusta lo que lees en este libro, espero que te unas a uno de nuestros clubes de programación, ¡e incluso que asistas a un *hackathon* para construir tu propio robot! Estamos creando una hermandad de miles de chicas por todo el mundo, y nos encantaría que te sumaras a nosotras.

¡Feliz lectura... y a programar!

A handwritten signature in black ink that reads "Reshma Saujani". The signature is written in a cursive, flowing style.

Reshma Saujani

Capítulo uno

i Touchdown! —moví los labios, sin emitir sonido alguno, mientras sujetaba la cámara.

El entrenador Tilton bajó el puño con entusiasmo y dejé el visor enfocándole durante unos segundos. Las hojas de los grandes robles que rodeaban los campos de deporte del colegio Halverston comenzaban a cambiar de color y el aire empezaba a ser frío. Un tiempo perfecto para jugar al fútbol americano.

—¿Has grabado eso? —me preguntó Tyson. Yo era la encargada de grabar el partido y Tyson Phillips, el otro estudiante en la dirección del equipo, se ocupaba de las tomas de cerca.

Me aseguré de que el micrófono estuviera apagado y ajusté la correa de la cámara.

—¡Como si tuvieras que decírmelo!

Nos gustaba comparar las grabaciones para asegurarnos de que teníamos todo lo que el entrenador quería. La gente piensa que estar en la dirección de un equipo significa decir a los jugadores lo que deben hacer, o rellenar las neveras portátiles con botellas de agua; pero, en realidad, es un trabajo duro, sobre todo con el entrenador Tilton al mando.

Tyson se encontraba tumbado bocabajo grabando la última toma. Los jugadores de fútbol americano se iban apilando uno encima de otro como si hubiera sido el primer *touchdown* que hubieran marcado en su vida, aunque se tratara solo de un entrenamiento. Corrí hacia Tyson y aparté su enorme pie con mi zapatilla cuando se dio la vuelta.

—Enséñame lo que has grabado, estrella de cine —me dijo entrecerrando los ojos. Él estudiaba noveno grado y, al principio, me ponía muy nerviosa estar a su lado. Sin embargo, era un chico muy gracioso y muy normal. A veces me olvidaba de que era tres años mayor que yo.

Me arrodillé y vimos rápidamente la reproducción del tanto. Teníamos que darnos prisa si no queríamos perdernos nada o que los jugadores nos arrollaran.

—Buen trabajo, Sophi —reconoció Tyson—. Tienes buen ojo...

—Gracias —respondí orgullosa.

—... para ser una novata —añadió guiñándome el ojo, mientras me cruzaba de brazos y suspiraba.

Ya sabía que me iba a tomar el pelo, aunque realmente no me importaba. Como yo estaba en sexto grado, era algo inusual que el profesor me hubiera asignado esa tarea compartida con un chico mayor. El entrenador escogía a alumnos de séptimo u octavo para dirigir el equipo de fútbol americano junto con estudiantes mayores. Pero yo había trabajado duro para conseguir ese puesto. Sentía curiosidad por saber en qué consistía la dirección y, además, era buena organizando y dirigiendo. Llevo haciendo mucho deporte desde que era pequeña, siempre he entrenado duro y creo que impresioné al entrenador con mis ideas para organizar el equipo. De hecho, tampoco era muy diferente a cuidar de mis tres hermanas pequeñas: Lola, Pearl y Rosie. Pero eso no se lo iba a contar a los chicos.

Con la mano, me protegí los ojos del sol y miré al entrenador, que estaba gritando a los jugadores para que corrieran más rápido. Pero entonces, un destello desde el

campo de fútbol me deslumbró. Se trataba del monísimo, sonriente y atlético Sammy Cooper, un chico al que conocía desde que un día nos chocamos jugando al fútbol en los tiempos de Infantil. Y que, además, también estaba en el club de programación.

Sus botas de fútbol tocaron la pelota y... ifiuuuu! El balón voló por el campo haciendo que los centrocampistas se revolvieran.

—Increíble —murmuré mientras asentía. Yo no me impresionaba con facilidad, pero Sammy realmente tenía talento. Y aunque estaba concentrado a tope, siempre llevaba una sonrisa en la boca. Nunca le había visto sin ella.

Pero en ese momento no parecía tan centrado en el juego, ya que se dio la vuelta y miró hacia mí. A menos que tuviera una percepción supersónica, era imposible que hubiera oído mi piropo, pero se encontró con mis ojos y yo no quería que pensara que le estaba observando.

Porque no lo estaba haciendo.

Bueno, quizá un poco.

Me di cuenta de que el corazón me palpitaba e intenté calmarme. Aclarándome la voz, me giré hacia Tyson.

—El entrenamiento de hoy se me está haciendo eterno —comenté.

—Sí, el entrenador quiere agotar a los chicos. —Tyson sacó un trocito de tela de microfibra y limpió la lente de su cámara. Era divertido lo obsesionado que estaba por mantenerla limpia—. Si te tienes que ir ya, tranquila; yo me puedo quedar hasta tarde. De todas formas, debo subir estos vídeos al aula de informática, y podría llevar también los tuyos.

—¿Estás seguro? —Normalmente me centraba al cien por cien en el entrenamiento de fútbol americano, pero ese día estaba preocupada—. El entrenador quiere ver esta noche los vídeos, Tyson, no el año que viene... —dije con una sonrisa.

—De verdad que ya me he puesto las pilas. La última vez solo tuve que llamar dos veces al servicio técnico para que me ayudara...

Levanté entonces mi ceja. Él suspiró.

—Bueno, vale... Tres veces.

—Siempre puedes llamarme, ya lo sabes —le recordé—. Aprovecha que aquí tienes a una experta en ordenadores.

—Sí que es verdad —asintió. No podía negar que, en esa parte técnica de nuestro trabajo, yo era mucho mejor que él.

Me acerqué al entrenador durante un descanso para beber agua y respiré hondo:

—Entrenador, me preguntaba si...

—Sophia —me cortó, apoyando su mano en mi hombro. Su voz era profunda y resonaba, y nunca necesitaba un micrófono, aunque los jugadores estuvieran al otro lado del campo—, vamos a hacer otra carrera de entrenamiento. Por favor, toma notas de todo lo que veas, tú eres mi segundo par de ojos. —Me dio palmaditas en la espalda, como hacía cuando quería motivar a sus jugadores, y después caminó por el campo de fútbol americano mientras gritaba al *quarterback*—: ¡Blake, retrocede hasta la línea de veinte yardas!

Suspiré. No había salido como yo había deseado. Corrí hasta Tyson, que estaba recolocando los conos. En la dirección, no teníamos nada de descanso.

—No ha habido suerte.

—¡Vaya! —Tyson sacudió la cabeza y miró a los jugadores al otro lado del campo—. Parece que va a ser una tarde muy larga.

—*Sip* —suspiré—. Gracias por el ofrecimiento.

Cogí la tablilla con las puntuaciones y me fui hacia la banda. Entendía lo que quería decir el entrenador, y esta-

ba contenta al sentirme valorada, pero yo no quería ser el segundo par de ojos de nadie. Quería estar en la primera fila de la atención de mi madre en casa.

Esa noche habíamos planeado una cena familiar y necesitaba hablar con mi madre antes de que se fuera a trabajar y de que la abuela y Pearl llegaran de la clase de baile. Mi madre trabajaba como enfermera en el hospital, así que normalmente no la veía hasta un rato antes de salir hacia el colegio por la mañana. Nos comunicábamos mucho mediante mensajes de móvil, pero no era lo mismo que hablarle en persona. Y tenía mucho que contarle.

En el mismo momento en que el equipo de fútbol americano se fue a los vestuarios, Tyson y yo empezamos a recoger rápido. Después de los entrenamientos, el campo de fútbol siempre quedaba hecho un desastre; por todos sitios había conos y contenedores.

—¡Oye, te guardamos esto! —dijo uno de los jugadores tras plegar una de las redes de entrenamiento con otro de los chicos.

—¡Genial! Gracias. —Algunos jugadores nos ayudaron a recoger; pero asegurarnos de que, después del entrenamiento, el campo de deporte quedara impecable era

una de nuestras tareas como organizadores del equipo. Cuando comenzaron los entrenamientos al finalizar las vacaciones de verano, algunos chicos no se mostraron conformes con que una alumna de sexto grado estuviera en la dirección. Yo sabía que tenía que trabajar tanto como Tyson. Y así lo que hice, y sentí que me aceptaron rápidamente. No me trataban de forma diferente a como lo hacían con Tyson, pero si eso fuera así... me iban a oír.

En el cobertizo donde se guardaba el material de entrenamiento hacía calor y olía a una mezcla de plástico, cuero y sudor. Un poco asqueroso, pero ya nos habíamos acostumbrado.

—¿Dónde pongo estos banderines? —me preguntó Tyson agitándolos.

Le miré con expresión de dolor. Al principio de la temporada creé un sistema detallado para organizarlo todo, mi especialidad. Mis amigos me llamaban «la reina de la organización». De verdad que esa era la única manera de sobrevivir en una casa con tres hermanas pequeñas, mis padres y la abuela.

—En esos cubos —dije señalándolos. Realmente ese chico era capaz de hablarme de cada una de las jugadas de la temporada pasada, pero asimilar un código de orga-

nización por colores le era imposible—. Las pelotas en esa estantería y los conos en esa caja.

Comprobé el móvil. Mi padre me había dado el suyo antiguo. Iba un poco lento, pero me servía para enviar mensajes y correos electrónicos. No era demasiado tarde. Si me daba prisa, quizá podría llegar a casa y hablar con mi madre antes de que el resto de la familia acaparara su atención. Cuando lo hicieran, ya no tendría oportunidad ni de acercarme a ella.



—¡Mamá! —exclamé nada más abrir la puerta—. ¡Tu hija favorita ya está aquí! —Dejé la mochila junto al perchero, colgué el abrigo y me quité los zapatos. El olor a lima y cilantro hizo que me rugieran las tripas.

—Hola, mi niña —me saludó cuando entré en la cocina. Llevaba vaqueros y una camiseta, en lugar de su uniforme sanitario. Eso quería decir que no se iba a ir inmediatamente.

Le di un abrazo.

—Hola, mamá. —Ella también me abrazó fuerte.

—El pelo te huele al césped del campo de fútbol —dijo arrugando la nariz. En ese momento estaba cortando aguacates—. Hoy tenemos mi menú especial —anunció,

señalando hacia el bol con arroz basmati y una bandeja de pollo a la brasa. El menú especial de mi madre consistía en que nosotros nos sirviéramos lo que quisiésemos, bien una tortita rellena de arroz, pollo y guarnición, o solo el arroz con la guarnición y las patatas—. ¿Quieres poner los nachos y la salsa?

—Ya suponía yo que me ibas a dar algún trabajo nada más verme —protesté haciendo una mueca. Abrí una bolsa de nachos y coloqué un puñadito en cada plato, menos en el de Lola, ya que le gustaba hacerlo sola.

Mi madre sonrió de forma maliciosa.

—Seguro que te alegrará meter luego todo en el lavaplatos —me guiñó el ojo—. Bueno, dime, ¿de qué querías hablarme? ¿Qué tal el entrenamiento?

Me había quedado distraída pensando en la camiseta de fútbol de Sammy, toda arrugada, y en su dulce sonrisa. ¿Me había mirado directamente a mí, o solo estaba mirando en mi dirección?

—¿Estás bien, Sophi? —Mamá chasqueó los dedos delante de mis ojos.

—¿El qué? —me sobresalté, sacudiendo la cabeza. Había demasiado Sammy en mi cerebro—. Ah, sí, es que ayer en...

—¡Hola, Sophia! —exclamó mi abuela al entrar en la cocina. No era una mujer muy grande, pero siempre parecía que ocupaba mucho espacio. Mi madre y ella tenían el mismo pelo oscuro y los ojos verdes brillantes, y no eran muy altas. Mucha gente creía que eran hermanas; nadie pensaba que mi abuela tuviera casi setenta años. Yo compartía con ellas el mismo color de pelo y la actitud autoritaria, pero había heredado la altura y los ojos marrones de mi padre.

La abuela vio el trozo de queso sobre la encimera y comenzó a buscar el rallador.

—Me alegra que me hayáis dejado algo de trabajo —dijo desenvolviendo el queso—. La clase de baile de Pearl ha terminado muy tarde. Esas pequeñas hoy no querían parar —afirmó contoneándose, mientras rallaba el queso.

Intenté no reírme de sus ridículos movimientos. Mi abuela vestía con ropa de colores fuertes, ponchos largos y coloridos y grandes piezas de bisutería, y siempre quería saber qué pasaba en el colegio. Yo la quería mucho, pero era muy charlatana y me apetecía estar a solas con mi madre.

Vacíé el bote de salsa en un cuenco y estaba a punto de hablarle a mi madre sobre el club de programación,

cuando me di cuenta de algo extraño. La casa estaba demasiado silenciosa.

—¿Dónde están los demás? —pregunté mojando un nacho en la salsa.

—Pearl está jugando con sus muñecas en la habitación —respondió la abuela enarcando las cejas—. Al parecer, las muñecas están en la clase de *ballet* y Pearl es la profesora.

—Papá ha venido pronto de trabajar y se ha llevado a Rosie al parque —comentó mamá, sacando los cubiertos del cajón antes de dejarlos en la encimera—. Y Lola está dibujando en su habitación. —Lola pasaba mucho tiempo dibujando. Era inteligente y creativa, pero a veces ni te miraba cuando le hablabas y se ponía nerviosa con facilidad. Mis padres decían que era un poco autista, pero, para mí, simplemente era Lola: mi valiente hermanita de ocho años.

—Mamá, escucha —respiré profundamente—: ¿te acuerdas de que te hablé del *hackathon* de este fin de semana? —Habían pasado tantas cosas durante el último mes en el club de programación que no me había dado tiempo de poner al día a mi madre.

—¿Un *jachaflón*? ¿Y eso qué es? —preguntó la abuela.

Como era de Puerto Rico, tenía un acento muy marcado, sobre todo con palabras que no conocía.

—*Hackathon*, abuela —le corregí—. Es un como un torneo de programación que se hace durante todo un día. —Yo había visto unos cuantos vídeos de *hackathons*, y todos los participantes estaban como muy concentrados en la competición. Además, había programadores adultos que te podían ayudar. Entonces fue cuando decidí que yo, Sophia Torres, quería tomar parte en algo así.

—*Ha-cka-thon* —repitió la abuela despacio, con el ceño fruncido—. ¿Qué significa eso de un torneo de programación?

Me gustaba que la abuela se interesara, pero ¿cómo podía explicarle cosas de programación a alguien que se liaba usando el mando de la tele? Y además, tenía poco tiempo para hablar con mamá. Se lo expliqué de forma breve.

—¿Recuerdas que te hablé de mi club de programación? —La abuela asintió—. Pues el *hackathon* es una actividad que se realizará este sábado en el Centro Cívico y en la que voy a participar junto con mis amigas del club de programación. También asistirán chicos y chicas de otros colegios.

La señora Clark nos había dicho que, si un grupo de nuestro club se llevaba el primer premio, los invitaría a tomar un helado. Nosotras habíamos estado superemocionadas preparando el *hackathon*, y ahora teníamos muchísimas ganas de competir. Además, el equipo de Sammy también iba a participar, y yo no podía permitir que ellos se hicieran con el primer premio y nosotras no.

—Suenan estupendo, cielo —contestó mamá, pero yo no estaba segura de que me prestara atención. Estaba calentando las tortitas en el horno y el reloj había empezado a pitar—. Espero que ya estén calientes —musitó, mirando el horno.

—Sí, parece divertido —continuó mi abuela, aunque yo sabía que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Miró hacia mamá y dijo—: un minuto más, *m'hija*.

—¡Mamá! ¡Esto es importante! —Chasqueé los dedos.

—Shhh —me mandó callar la abuela—. No chasquees los dedos a tu madre, Sophia; es una falta de respeto.

Yo suspiré.

—Lo siento. —Me senté en una de las banquetas de la isla de la cocina—. El otro día, en el club de programación, la señora Clark nos pidió que nos inscribiéramos en el *hackathon*. —En ese momento me acordé de la cara

de felicidad de mi amiga Lucy cuando la profesora trajo los permisos para apuntarnos. Esa sonrisa no se la había visto jamás, y eso que Lucy Morrison era la persona más alegre que conocía—. Mi grupo de trabajo participa como uno de los equipos. Papá ya firmó la autorización.

—Muy bien, cariño. —Mi madre sacó la bandeja de las tortitas del horno y la dejó sobre la mesa de la cocina—. ¿Quién está en tu grupo?

—Lucy, Maya Chung y una niña nueva, Erin Roberts, la chica que te dije que es de séptimo grado y que se ha trasladado aquí hace poco. —Recordé entonces cómo la señora Clark había decidido que las cuatro formáramos un grupo fijo tras la primera semana en el club, porque trabajábamos muy bien juntas. Nos habíamos hecho muy amigas y no me imaginaba el colegio sin ellas.

Mi madre me dio unas palmaditas en la mano.

—Estoy contenta de que Lucy y tú volváis a ser amigas.

—Sí, yo también. —Lucy y yo habíamos sido íntimas desde pequeñas, pero el año pasado nos distanciamos al yo creer que ya no quería ser mi amiga—. El caso es que primero tenemos que pensar qué vamos a programar en el *hackathon*, así que mis amigas vendrán un poco más tarde a casa para trabajar juntas.

—Muy bien —entonces me miró de forma severa—: pero la próxima vez avísame antes de invitar a nadie a casa. —La abuela asentía tras ella. No me gustaba que me regañaran las dos a la vez.

—Ya lo intenté, mamá, pero estabas ocupada. —Las palabras salieron de mi boca sin pensar y, arrepentida, le dije—: Pero te aseguro que la próxima vez lo haré.

La expresión de mi madre se relajó.

—Me alegro de que te guste el club de programación.

—Sí, es muy guay —asentí, sentándome a la mesa.

La abuela fue hasta las escaleras:

—¡Pearl, Lola! ¡A cenar!

Di un mordisco a un nacho.

—¿Vendrás al *hackathon*, mamá? La señora Clark nos dijo que los padres podríais asistir al final para ver los proyectos de programación terminados. —Últimamente mamá había estado muy ocupada con mis hermanas y se había perdido los últimos partidos de fútbol americano que yo había ayudado a supervisar. Normalmente no me importaba, pero sí quería que viniera al *hackathon*. Habíamos trabajado mucho, y deseaba mostrarle lo divertido que era programar.

—Me encantaría, cielo. Miraré mi agenda.

¡Bum! Bum! Bum! Mis hermanas bajaban las escaleras como una manada de elefantes. Pearl entró primero, lanzándose a los brazos de mamá. Era pequeña pero muy rápida.

—¡Mami, mira! Mira qué bien bailo —decía mientras daba vueltas alrededor de nuestra madre.

—¡Fantástico! —exclamó mamá aplaudiendo—. Pero es hora de cenar, garbancito.

Pearl se sentó en su sitio, junto a la abuela. Todavía llevaba puestas las mallas rosas y su pelo rizado estaba recogido en una coleta.

—Abuela, esta noche te voy a hacer un baile —anunció, contoneándose adelante y atrás.

La abuela parpadeó.

—Estoy deseando verlo, mi amor. Pero ahora toma algo de arroz. —Y le sirvió una cucharada grande en el plato. Como mis hermanas se acostaban pronto, empezaron a cenar mientras mi madre terminaba de prepararlo todo.

Lola siempre estaba muy callada, a menos que hablara de su tema favorito: los perros. Una vez que comenzaba, no paraba. Ya estaba sentada a la mesa, cuando miró hacia la ventana de la cocina y gritó de repente:

—¡Papá!

Dos segundos más tarde la puerta que daba al garaje se abrió y papá entró con Rosie, mi hermana pequeña de dos años, tambaleándose a su lado.

—¡Sophia! —exclamó Rosie correteando hacia mí y abrazándome el cuello—. *Echado menos*.

—Yo también te he echado de menos —le dije, dándole un beso en las mejillas sonrosadas y haciéndole cosquillas en la tripa mientras se reía.

—Justo a tiempo —afirmó mamá, mientras llenaba con leche las tazas de las niñas—. Ya está todo listo.

Papá nos dio a Lola y a mí un beso en la cabeza.

—¿Cómo están mis chicas? —preguntó revolviéndome el pelo.

—Hambrienta —confesé. Mamá quería que esperáramos a que todos estuviésemos sentados antes de bendecir la mesa, pero, como la comida olía tan bien, no pude evitar empezar a servirme. En una tortita me puse pollo, queso, aguacate y salsa; la enrollé y le di un buen mordisco.

Papá se rio.

—Vaya, parece que no bromeabas, Sophi. —Se inclinó para dar un beso a mamá.

—¡Puajj! ¡Asqueroso! —exclamó Lola tapándose los ojos.

—Algún día te gustarán los besos. —Mamá imitó el so-

nido de un sonoro beso—. Y algún día incluso se lo que-
rrás dar a alguien.

—¡Aj, aj! —gritaron Lola y Pearl a la vez, mientras Lola
sacaba la lengua.

Unos minutos más tarde, por fin estábamos todos sen-
tados a la mesa. Era una cena típica en Casa Torres. Rosie
tiraba tiras de queso al suelo. Pearl hablaba de su clase de
ballet con la boca abierta. La abuela animaba a Lola a que
comiera más pollo, y papá y mamá comían y charlaban
acerca del trabajo.

Di otro mordisco a mi fajita y fruncí el ceño. Mis ami-
gas no tardarían en llegar, y mi momento a solas con mi
madre se había esfumado tan rápido como las tortitas.

—Nachos, *po'favor* —pidió Rosie con las dos manos en
alto.

Suspiré y le puse otro nacho en su plato, y tres más en
el mío.

—Te daré otro si no lo tiras —le dije, y ella hizo puche-
ros—. Bueno, vale... —Y le di dos nachos más. Sonrió en-
tonces, y yo también. Lo bueno era que ya le había conta-
do a mi madre lo del *hackathon*. Y, cuando viniera a verlo,
por fin podría explicarle todo sobre el club de programa-
ción.



Ya habíamos terminado de cenar, cuando Pearl empezó a bostezar, Lola derramó algo de su leche y Rosie apoyó la cabeza sobre la mesa.

—Las niñas están agotadas —comentó mamá al levantarse. Me las subo para preparar el baño.

La abuela también se levantó.

—Ya te ayudo yo, *m'hija*, no llegues tarde al trabajo.

Mamá la miró agradecida, sacó a Rosie de la silla y la besó en la cabeza.

—¿Estás lista para las burbujas?

—Vamos, chiquitas —ordenó la abuela, señalando el camino a Lola y a Pearl.

Papá llevó su plato hasta el fregadero y suspiró.

—Estas chicas... no paran, ¿verdad? —Era increíble lo tranquila que se había quedado la cocina cuando mis hermanas, mamá y la abuela salieron.

—Sí —asentí, disfrutando de la calma.

—¿Un poco de música? —preguntó papá, encendiendo la vieja radio de la encimera.

—Pero solo si ponemos la música que me gusta —sonreí.

Encontramos mi emisora de pop favorita y tarareamos

una canción. Estábamos con el lavaplatos a medio llenar, cuando sonó el timbre de la puerta.

Papá arrugó la frente.

—¿Quién será a estas horas? —se extrañó, mirando el reloj—. Quizá alguien que quiera vendernos algo.

—Sí —asentí, pero de repente recordé mis planes—. ¡Ay, son mis amigas!

—¿Una tarde de entre semana? —Papá levantó una ceja.

—No vamos a salir, papá. Tenemos que trabajar en una cosa del club de programación. Ya le he dicho a mamá que iban a venir y le ha parecido bien.

—Bueno, vale —accedió, dejando los cubiertos en la cesta del lavaplatos—. Ya me ocupo yo de lo demás.

—¡Gracias, papá! —exclamé, corriendo hacia la puerta.

Rin, rin.

Rin, rin, rin.

Rin, rin, rin, rin.

Solo una persona podía llamar con tanta insistencia.

Capítulo dos

— ¡Hola! —exclamó Lucy emocionada, agitando su mano, cuando abrí la puerta. A su lado estaban Maya y Erin.

Lucy llevaba su pelo negro recogido en dos trenzas perfectamente hechas, y además lucía unos pendientes de corazones que resaltaban sobre su oscura piel. Últimamente los había llevado mucho; seguro que era porque Maya le había dicho que eran muy monos.

—Hola —saludó Maya al entrar en casa. Y si Lucy seguía las tendencias de moda, era Maya quien las dictaba. Ella vestía unos pantalones negros con cinturilla de cordón a juego con un amplio top de flores. Me sorprendía cómo lograba darle tanto estilo a cualquier cosa que se pusiera, aunque fuese algo que a mí me pareciese un pijama.